

CONSIDERACIONES SOBRE LOS VERSOS DE DIONISIA GARCÍA

Hablar de la obra de un poeta obliga a aceptar el reto de internarse en el bosque laberíntico que la poesía encierra, y ello impaciente, sobre todo si se es consciente de la dificultad que supone descubrir en ese bosque el misterio de la creación y su grandeza. Entrar en mundos ajenos es, aparte de atrevido, arriesgado, aun cuando esos mundos, por humanos, se asemejen al nuestro, pues la particular manera de concebir el sentido de la poesía viene acompañada de una sucesión de acontecimientos de complicada ordenación, ante lo cual uno no puede sino aproximarse e interpretar desde su propia experiencia, desde su personal inclinación por el arte, aquello que se ofrece con la intención última de inquietarnos.

Pero asumido el riesgo que conlleva toda aventura, me adentro en los poemas de Dionisia García para advertir un mundo peculiar donde el tiempo, los objetos y la expresión marcan y definen la singularidad de su obra. Así, para el esclarecimiento de esta opinión, presentaré las tres ideas mencionadas como tres pilares en los cuales intento fundamentar la esencialidad de su poesía. Tales apreciaciones surgen de la observación de un hermoso hacer poético, de unos versos contruidos con eficacia, y cargados siempre del asombro contenido que los distingue. Versos que alcanzan el obligado destino: emocionar; y lo que destaco con especial empeño: conseguir llevar a los escenarios y a las cosas que provocan la escritura, y acercar al sentimiento y a la razón que la sustentan.

Por ello, quiero señalar el tratamiento personal que D. G. concede al tiempo. No hay angustia al advertir su paso. No hay resentimiento por lo que es ido. Se percibe una aceptación de la realidad, lo cual no quiere decir que no se lamente cuanto ha sido arrebatado. No hay desgarramiento en los acontecimientos que se fueron desgajando de los días. Aquello que reside en la memoria se manifiesta siempre con sosiego; cuando se muestra, es el suyo un semblante apacible.

La poeta transita a la vez el presente y el pasado —no significa esto que haya quedado anclada en el ayer—, pues si muchos de los poemas que nos dicen de otro tiempo, en otros poetas, se definen por quedar sometidos a la influencia de éste, en la poesía de D. G. los versos que recobran los días perdidos proclaman su existencia en el ahora, y aquello anterior impregna el cotidiano vivir, y se incluye sin intrusismos, con naturalidad, en el acontecer diario. El tiempo es habitado en la convergencia de pasado y presente (todo está lejos y cerca la vez),

pues la poeta es cuanto hoy le brinda el mundo pero, sobre todo, es el resultado de lo que ha sido y lo que ahora significa: la suma del tiempo todo.

Lo sucedido se mantiene llameante en una actualidad que se nutre tanto de la luz del día que le asiste, como de las sombras anteriores que atesoran la presencia de un claror ya extinguido.

Debido a la ausencia de clara ruptura entre pasado y presente, a la aceptación de la pérdida, su poesía se muestra serena a pesar del estrépito que lleva el río interior que la conduce. No hallamos perturbación por lo perdido, sí desasosiego. Las ausencias son asimiladas. El pasado se une al presente para configurar un solo tiempo habitado en las dos direcciones. La vida y su sentido, por ello, apunta al ayer y al hoy. Es difícil, a veces, conocer el origen de una sensación, pues podemos confundir su procedencia.

Es como si la dirección del tiempo en los poemas fuese circular y no lineal. Cuanto se pierde en un momento dado, vuelve a encontrarse en un punto donde lo ya vivido y lo que ahora se muestra pueden fundirse. Y es en ese punto preciso donde surge el poema. La memoria es, entonces, un lugar habitable del que puede coger prestado cuanto necesite para animar la cotidiana existencia.

Del mismo modo, y en otro apartado, quiero advertir del mundo particular de los objetos en la poesía de D. G., pues éstos son presencias (ella misma lo dice en el poema «Lyons tea»), testigos mudos de la vida, y por esa razón, son el contacto, el cordón que une las vivencias pasadas a las presentes. Objetos que son referencias, guías para la propia vida de la poeta.

Cuando se habla de una taza, como en el poema anteriormente citado, ésta nos remite y nos transporta a una escena particular dentro de un mundo concreto, y da aliento a una situación, transfiere vida a quien la nombra, porque los objetos son fuentes de las cuales mana experiencia. Éstos dejan de significar meras cosas inanimadas porque poseen, albergan un alma; quedamos, tras enunciarlos, impregnados de la luz que abrigaran, y, en ese gesto, trasladan el pasado al hoy como si del aire necesario se tratara.

La poeta no puede prescindir de todo aquello que sus manos y su mirada rozaron. Cuanto ofreció su contacto se aprehende, y aun ahora, siguen aportando a la vida una parte importante de su razón de ser.

Los objetos comunican la intención de la autora. Son espejos portadores de las vivencias propias. No son parte de un decorado, no adornan escenarios, y, en ocasiones, cumplen una función salvífica al mitigar en quien los evoca, la desazón que produce el tiempo. A veces, éstos pueden superarle en protagonismo porque

al recordarlos, centra en ellos la verdad del poema, al igual que el dramaturgo pone en boca de sus personajes las emociones propias.

Y termino, haciendo referencia a la desnuda expresión de los versos que nos ocupan. Éstos se desprenden de todo lo superfluo para prescindir de aquello que, en verdad, no es vital para el poema.

No todas las palabras son necesarias, aun cuando la sintaxis las exija. Por poner un ejemplo, leemos una estrofa del poema «Tarea inolvidable».

Conmigo el campo.
Flores del azafrán
y rocío en los pétalos.
Las manos entre rosas
en el bancal mojado.

En una primera lectura no observamos nada que haga detenernos en la manera de expresar, pero si ahondamos en las relaciones de las palabras podemos comprobar que no hay un solo verbo en los cinco versos. Mas no advertimos su ausencia por necesarios, sino al contrario, porque la estrofa, aun no acogiendo verbo alguno, se sostiene con total firmeza, distinguiéndose en su singularidad. ¿Quién repara en la ausencia de estas palabras si no es hurgando en el verso, estudiando la peculiar expresión?

El poeta es creador de lenguajes, tiene potestad para ello, y la utiliza para variar la forma de mostrarse.

Hay, pues, una depuración exhaustiva del lenguaje en su poesía. Podemos hablar de pureza y naturalidad. La expresión toma cuerpo bajo un soporte lingüístico utilizado con estudiada medida, sin artificios, desprovisto de todo elemento innecesario, donde la palabra sin excepción es protagonista de la historia que conduce. El decir discurre en el poema llevado por las palabras precisas, y la utilidad de las mismas responde a las exigencias estrictas que dicta la idea poética. Nada sobra y nada falta. Es éste un rasgo que contribuye a la creación de un estilo personal claramente diferenciado de toda tendencia.

Y hasta aquí mi propósito por clarificar aspectos, en mi opinión, fundamentales de esta poesía. El tratamiento del tiempo, el mundo de los objetos, y la desnuda expresión, tres cuestiones que proponen una aproximación que descubra o alumbré en el particular entendimiento de estos versos. Tres ideas como tres afluentes que, al final, han de converger en un único caudal: la poesía personal de una autora que prende en su escritura la llama de la emoción, y se deja asombrar y nos asombra en el universo singular que descubrimos.

Ginés Anierte

(Publicado en *Llaves prestadas*, Ediciones Tres Fronteras, Murcia, 2003)